

4 y 5 de J. C. volvió Tiberio á ponerse al frente de ellas, durante dos campañas; penetró otra vez hasta el Elba por tierra, mientras una flota entraba por mar, y estableció sus cuarteles de invierno en el corazón de la Germania. Esta novedad era más amenazadora que las marchas periódicas de las legiones, porque desde estos campamentos la influencia romana ganará poco á poco las tribus vecinas. Anudando diariamente relaciones con los bárbaros, oficiales y soldados romanos, harán á sus costumbres con la civilización una guerra más peligrosa para la libertad que todos los golpes que podían darles en los campos de batalla. Ya muchos de sus jefes van á Roma á tomar lecciones de vida más dulce y á recibir el anillo de oro del orden



Julia, hija de Augusto (1)

ecuestre. Algunos de los más famosos son completamente romanos. La Germania está en la pendiente donde se perdió la nacionalidad gálica. ¿Se detendrá á tiempo? «Ya es una provincia,» escribe un historiador que servía entonces en las legiones de Tiberio.

Mientras se operaba este trabajo al Norte, entre el Rin y el Elba, elevábase al Sur un gran reino bárbaro á dos pasos de los puestos avanzados de los romanos. Un marcomano, de nombre Marbod, que fué á Roma como tantos otros, hubo de observar de cerca aquella sabia organización en que todo estaba admirablemente dispuesto para la dominación, y la lección le aprovechó ciertamente. De vuelta entre los suyos, con la autoridad de un hombre que ha visto grandes cosas y se halla en aptitud de hacerlas, toma el poder, retira á su pueblo de las orillas del Mein, donde fué vencido, y lo establece en la Bohemia, que tras su muralla de montañas parece una fortaleza en medio del mundo bárbaro. El Elba que arranca de ellas al Norte, le abre

(1) Busto conservado en el Museo de Nápoles con el núm. 141 del Catálogo.

una puerta hacia los países en que las legiones se establecen en este momento, y desde lo alto de las montañas cuyo pie baña el Danubio, puede oír el grito de guerra de los panonios y ver las nevadas cimas de los Alpes.

Contra los suyos, que lo proclamaron rey, Marbod tomó una guardia respetable y se construyó para residencia una fuerte ciudadela, *Marobudum* (¿Budweis?); contra sus vecinos, con ayuda de numerosos tráfugas romanos, disciplinó setenta mil infantes y cuatro mil jinetes que hubo de ejercitar en guerras continuas. Casi todos los suevos se habían unido á este jefe que levantaba tan gloriosamente su nombre: los senones y hasta los lombardos reconocían su superioridad.

Augusto se alarmó á la noticia de este poder, que Tiberio, en pleno senado, declaró más temible para Roma que lo hubieran sido Pirro ó Antíoco; y resolvió derribarlo antes que hubiera crecido más.

En efecto, un formidable ejército de seis legiones, reunido á orillas del Danubio, se dispuso á pasar el río para acometer la Bohemia por el Sur, mientras atravesando con fuerza igual la Selva Negra el comandante de la Germania superior la atacaría por el Este.

Había llegado ya Tiberio á Carnuntum, plaza de armas de los romanos en aquellas regiones, cuando estalló una sublevación terrible á su espalda: creyendo los panonios y los dálmatas que habían roto ya las hostilidades las legiones con los marcomanos, tomaron otra vez las armas. Roma se libró de este peligro por la falta que había perdido á todos sus enemigos: Marbod consintió en tratar, y Tiberio pudo caer entonces con todas sus fuerzas sobre los rebeldes (6 de J. C.).

Habían calculado, sin embargo, bien su plan. Todas las tropas romanas acantonadas en su país, habían partido á incorporarse á Tiberio; que hubieran esperado un mes y la guerra empeñada con Marbod no hubiera dejado un soldado entre el Danubio y los Alpes: la Italia les quedaba abierta. Pero querían prevenir la partida de los cuerpos auxiliares que habían de suministrar y que en el campo romano habían servido de rehenes. Sus primeros golpes fueron dirigidos contra las ciudades focos de la dominación ó influencia romana: los panonios cayeron sobre Sirmio; los dálmatas sobre Salona. Según se decía en Roma, ochocientos mil hombres se habían levantado en son de guerra, y de ellos doscientos mil estaban bien armados y mejor dirigidos por jefes hábiles y aguerridos. Formaban tres cuerpos: el primero quedó á la defensa del país, el segundo invadió la Macedonia y el tercero se dirigió sobre Nauporto, que defendía la entrada de Italia por los Alpes Julianos.

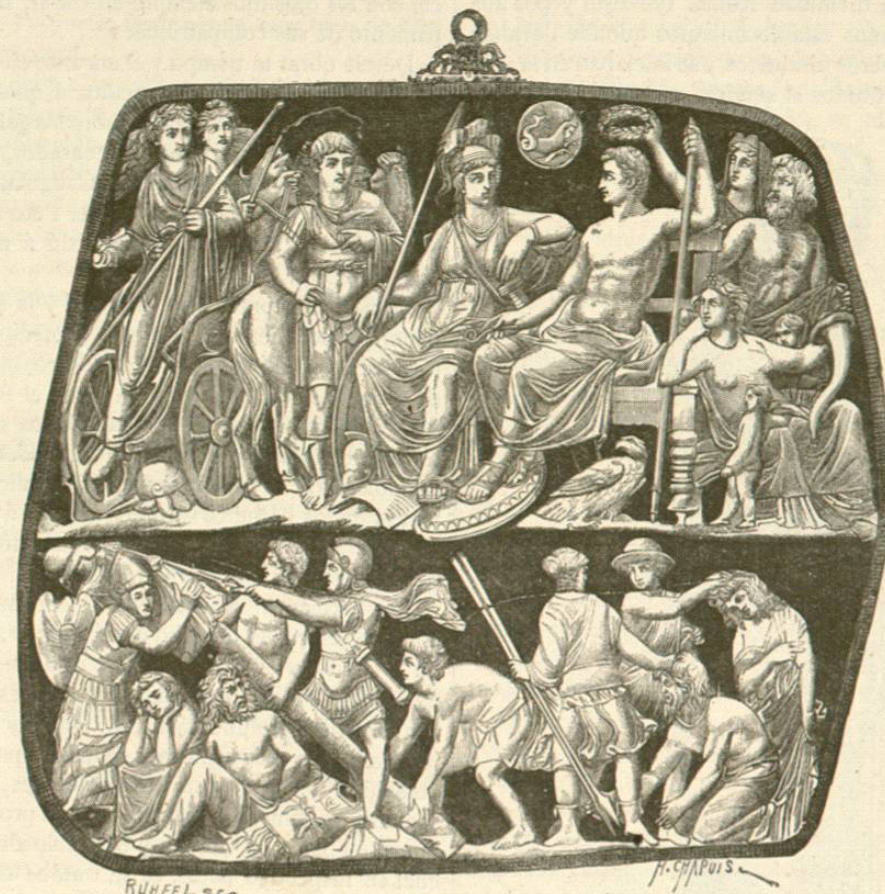
Augusto tembló ante este peligro. «En diez días puede estar el enemigo bajo los muros de Roma», dijo á los senadores. Y no exageraba, por cierto, sus temores, porque Italia estaba desprovista de soldados. Y sobre esto se dejaba sentir la escasez que muy luego se convirtió en hambre obligando al emperador á expulsar de Roma á todos los extranjeros. Y los sardos se rebelaban, y los gétulos se negaban á obedecer á Yuba, y los montañeses de la Isauria desolaban las provincias y por todas partes renacía el bandolerismo: habían venido los días de prueba.

Tomáronse disposiciones enérgicas y prontas: hiciéronse levas y se llamó á los veteranos y á cinco legiones de ultramar. Los senadores y los caballeros prometieron contribuciones regulares durante las hostilidades, y los ricos, según sus facultades, uno ó muchos soldados escogidos entre sus esclavos con seis meses de víveres, y se disimuló la vergüenza de este recurso extremo, dando á los esclavos, con las armas, la libertad.

Tiberio sólo se ocupó el primer año en cubrir á Italia: se estableció fuertemente en Sicilia, donde cerraba el valle del Save, y esperó que las legiones que llegaban de Oriente, sostenidas por los auxiliares del tracio Remetalces, hicieran por la Mesia una importante diversión. Pero el gobernador de aquella provincia no fué afortunado en el ataque contra las trincheras del monte Alma, y los dacios, favorecidos por las circunstancias, se lanzaron contra la Mesia obligándolo á volver precipitadamente. Desde el Danubio hasta el cora-

zón de Macedonia las bandas de insurgentes recorrían con toda libertad el país.

Augusto hizo nuevos esfuerzos: en la primavera del año 7 envió á Tiberio su sobrino Germánico con un segundo ejército. Quince legiones, es decir, la fuerza más considerable que se hubiera visto desde las guerras civiles, hubieron de reunirse. Pero aquel país, cortado por ríos y montañas, era muy apropiado para una guerra de partidarios y los romanos no pudieron preciarse más que de una pequeña ventaja



Triunfo de Tiberio (1)

obtenida por Germánico sobre los dálmatas, y de una victoria que por poco no les cuesta cinco legiones.

Augusto, más y más inquieto, se trasladó á Ariminum, á pesar de sus setenta años, para estar más cerca de los acontecimientos. Por desgracia, aquellos pueblos que con tanto denuedo hacían frente á doscientos mil romanos, no habían contado con un enemigo más terrible, el hambre. En efecto, habiendo dejado incultas las tierras, no dieron naturalmente cosechas y una mortandad espantosa, causada por la mala alimentación, vino á diezmarlos.

Con esto, cedieron sin haber sido vencidos: no rindieron, no, las armas; se les cayeron de las manos. ¿Por qué, preguntó Tiberio á Bato, el jefe de los dálmatas, por qué has provocado esta sublevación? — ¿Por qué, contestó audazmente el guerrero, por qué envías tus lobos en lugar de perros y pastores á guardar tus rebaños? El futuro emperador se acordará de estas palabras. A fin de extinguir bajo ruinas las últimas chispas del incendio, se sometió á la Panonia á

una devastación regular; á esta salvaje ejecución se llamaba pacificar el país.

Algunas bandas se acantonaron en las montañas que separan á los dálmatas de los panonios y permanecieron mucho tiempo independientes, aunque en la lengua de Roma no se les llamaba sino bandoleros. Los demás volvieron á armar sus cabañas, á cultivar sus tierras, á pulir sus costumbres y no pudiendo ser libres, procuraron hacerse romanos. Tiberio entró en Roma triunfalmente.

Así, la guerra fué, en fin, repelida lejos de las poblaciones laboriosas, y no se oyó ya, ni aun en las fronteras, el ruido de aquella mar sordamente agitada que rompía aún contra los puestos avanzados de las legiones. El pueblo romano, ebrio de su propia grandeza, celebraba su apoteosis celebrando la de Roma y recibía de parte de sus poetas la promesa de un poder sin límites y de una duración sin fin:

*His ego nec metas rerum nec tempora pono:  
Imperium sine fine dedi (2).*

En medio de estas prosperidades se dejó oír el grito lúgubre, presagio del porvenir: ¡Varo ha muerto!

(2) Virg. *Aeneid.* I, 278-279.

(1) Museo de Viena. Magnífico camafeo llamado *Gemma Augustalis*, que representa el triunfo de Tiberio sobre los panonios. El jefe panonio Bato, que se resistió siete años á Tiberio y á Druso, está representado bajo el trofeo, acurrucado, encadenado y vestido con una especie de pantalón á la usanza de las tribus de la *Gallia Braccata*; al cuello del segundo prisionero panonio, se ve el *torques* ó collar galo.

Los romanos no habían olvidado en Germania su prudencia ordinaria. Habíanse aprovechado las enemistades hereditarias de las tribus: toda la costa hasta el Elba era aliada; á lo largo del Rin, los usipetes y los ténteros estaban sometidos; cuarenta mil sicambros habían sido trasportados á la Galia, y se creía poder contar con los brúcteros. Algunos puestos fortificados, apoyándose en la gran fortaleza de Aliso, en las fuentes del Lippe, vigilaban el país; y en Colonia como en Lyon, se alzaba un altar cuyos sacerdotes eran los germanos y cuya divinidad Roma. Por aquí y por allá se formaban ya algunos establecimientos adonde llevaban los bárbaros sus groseros productos y se iniciaban en la vida romana. Sus jefes, atraídos al servicio en las legiones, iban



Germana, llamada Tuisnela (1)

á derramar su sangre por Roma, y al volver á sus tribus con collares de oro y armas de honor, recompensa de sus bravas hazañas, contaban las maravillas que habían visto, y aquella Italia cubierta de tantas ciudades como ellos tenían cañas, y aquella gran Roma poblada como un mundo, y aquellos señores del imperio adorados como dioses, porque tenían su mismo poder.

Estas sencillas narraciones impresionaban la imaginación de los bárbaros, y la divinidad de Augusto parecía más cierta á orillas del Weser que á las márgenes del Tíber.

«Un día, dice Velejo Patérculo, acampábamos á orillas del Elba, enfrente de los bárbaros, que ocupaban la orilla opuesta. De pronto, uno de sus jefes, anciano de majestuosa estatura, desata una barca y avanzando hasta en medio

del río, solicita ver á César. Se le concedió la gracia y saltó en tierra, y después de haber contemplado buen espacio en silencio á Tiberio: Nuestros guerreros, dijo, son insensatos. Desde lejos os honran como dioses y de cerca temen confiarse á vuestra fe. En cuanto á mí ¡oh César! te doy las gracias por el favor que me has dispensado, pues me has dejado ver por mis ojos esos dioses que sólo conocía de fama. Este día es el más feliz de mi vida. — Obtuvo permiso para tocar la mano del general, y volviendo luego á su barca, con los ojos fijos siempre en César, se restituyó al campamento de sus compatriotas.»

Déjese obrar al tiempo y el encanto ejercerá su influencia en el ánimo de pueblos sencillos á quienes impone toda grandeza. Bien había obrado sobre los galos, que en presencia de Alejandro, terrible y amenazador, no temían sino la caída del cielo; que enfrente de Calígula, monstruo coronado, no harán sino burlarse y reirse. Pero se quiso precipitar su conversión, y la violencia recordó á aquellos niños que eran hombres.

La posición tomada por Marbod y la sublevación de los panonios decidieron á Augusto á precipitar la obra de la trasformación de la Germania, y Varo, antiguo gobernador de Siria, fué con esta misión allende el Rin. Hombre duro y habituado á la servil docilidad de los pueblos de Oriente (2), no podía comprender la necesidad de ciertos miramientos. Con la mayor seguridad publicó su edicto, y en medio de los bárbaros sorprendidos fué á poner su tribunal, á llamar á sí las causas y á dictar sus sentencias en nombre de leyes hechas á orillas del Tíber.

Los germanos vengaban por sí mismos sus injurias, y Varo se reservó el derecho de castigarlas. Esta intervención de los juristas en sus negocios, esta justicia locuaz, estas contiendas de palabras oscuras y á veces injuriosas hubieron de irritar profundamente á hombres cuyas costumbres jurídicas eran más rápidas y sencillas, porque suponían la veracidad del juramento más solemnes, porque, todo en acción y en símbolos, hacían de cada proceso un drama, en que el culpable, la víctima y el pueblo desempeñaban cada cual su respectivo papel. Si se trataba de un asesinato, si se había encontrado un hombre muerto, se enterraba el muerto con una cuerda al cuello: al cabo de algunos días, se exhumaba, y acercándose alternativamente las gentes del cantón cogían la cuerda y sacaban el muerto sobre la desnuda tierra. El culpable retrocedía ante esta prueba en la cual la misma víctima designaba al asesino, porque se pensaba que la sangre salía de las heridas en cuanto él tiraba de la cuerda. La ley germánica no tenía penas corporales, no daba la vida por la vida; sólo el sacerdote, en nombre de los dioses, podía herir á un germano, pero únicamente los cobardes y los traidores eran castigados de muerte; y aun así, era menester una sentencia de la asamblea general. El oro pagaba la sangre. Pero si el asesino, dice la ley Sálíca, era demasiado pobre y los suyos no querían ó no podían ayudarle, doce testigos juraban por él que ni sobre la tierra ni debajo de la tierra tenía bienes que ofrecer. Entonces volvía á su casa, tomaba un puñado de polvo de los cuatro rincones, y luego poniéndose en el umbral, arrojaba este polvo con la mano izquierda sobre sus más próximos deudos. Después, en camisa, descalzo y sin cinturón, pero con un palo en la mano, saltaba el umbral de su casa y el vallado de su campo. Era un *vargus*, es decir un *outlaw*, un proscrito, y el bosque ó el mar sin límites eran ya su dominio.

(2) Estrabón, VII, 290; Tácito, *Ann.* II, 45. Habiendo estallado algunos disturbios en Judea, hizo crucificar dos mil prisioneros en los caminos públicos (Josefo, *Ant. Jud.* XVII, 10).

(1) Museo de Florencia (L. Stracke, p. 51).

Pero los lictores romanos detienen á este *vargus*, emplean en él las varas y hasta la segur, dando muerte al que sólo podían herir los dioses. Para los menores delitos fórmulas sin fin: el bárbaro ofrece en vano decidirlo todo por el juramento. Varo quiere informaciones, testimonios, discusiones de hecho y de derecho. ¿Puede extrañarse que al contacto de estas dos sociedades contrarias, el genio romano y el genio bárbaro se sintieran enemigos irreconciliables? «Silba pues, víbora,» decían los germanos vencedores á los legistas, cuya lengua habían arrancado y cuyos labios cosido; ¡silba, víbora! Este odio feroz revela muy bien de dónde partió la insurrección.

La nobleza se puso á la cabeza del movimiento, y un joven, jefe de los queruscos, Hermann, hijo de Sigimer, fué el alma de la conspiración. Entregado á los romanos en rehenes, hubo de agrardarles y recibió el anillo de oro, con el mando de una fuerza de auxiliares germanos. Pero era enemigo hereditario de otro jefe de los queruscos, Segesto, y satisfizo á la vez su odio contra él y su pasión por la bella Tuisnela, arriesgándose al rapto de esta hija de su rival. Era un agravio imperdonable, cuya venganza debía obtener un día de Varo el ultrajado padre, amigo de los romanos.

Personalmente amenazado Hermann, sintió más vivamente entonces los enojos de su pueblo, y llamó á los jefes principales de los catos, de los queruscos, de los marsos y de los brúcteros á secretos conciliábulos, en que se decidió un levantamiento general. En vano advirtió Segesto á Varo. «Préndenos, le decía, y sin nosotros, no se atreverá el pueblo á emprender nada. Después descubrirás la verdad.» Varo conservó su confianza.

Pero un día sabe que un pueblo lejano se ha levantado en armas. Era un lazo para atraerlo fuera de su campamento y lejos de los puestos fortificados. Los jefes que lo rodean se ofrecen á guiar su marcha; primero lo extravían y escapándose luego con pretexto de ir á buscar socorros para él en sus tribus, se ponen al frente de sus fuerzas que ya se aproximaban. Un hijo de Segesto, que era sacerdote de Roma y de Augusto en el altar de los ubios, se reunió también con sus hermanos.

Embarazadas con un pesado bagaje, avanzaban difícilmente las tres legiones por una larga línea á través de los bosques profundos y húmedos, sin precaución ninguna y como en plena paz. Luego aparecieron á lo lejos algunas tropas de bárbaros; después fué creciendo su número hasta que se pobló de hombres todo el bosque.

El ejército romano estaba envuelto. Pudo, sin embargo, ganar un terreno libre y acampar. Varo hizo quemar los bagajes y el día siguiente volvió atrás en dirección del fuerte Aliso. En este camino encontraba, entre las fuentes del Ems y del Lippe, las alturas cubiertas de bosques del Osning (*Saltus Teutoburgensis*) y las tierras medio inundadas que se extienden á su pie. Perdidos en aquellas montañas donde los germanos hostilizaban sin cesar, desde la cabeza á la cola, aquella masa confusa de hombres y caballos reunidos en tropel, sólo avanzaban los romanos dejando tras sí un reguero de sangre, y cuando por la tarde acamparon segunda vez, bastáronles trincheras una mitad menos extensas.

Por la mañana los sorprendió una violenta lluvia, que todavía hizo más difícil y tarda su marcha, mientras los bárbaros se mostraban más numerosos y encarnizados, porque sabían que en aquella jornada iban á ganar las águilas romanas y con ellas su propia libertad.

A la bajada de aquellas alturas, se encontraron los romanos en una pantanosa llanura, donde Hermann había re-

unido el grueso de sus fuerzas. Allí se empeñó el último combate: algunos jinetes pudieron huir y llegar al fuerte Aliso; pero el resto del ejército sucumbió allí.

Varo, por no caer vivo en poder de los germanos, se suicidó arrojándose sobre su espada: los tribunos y centuriones fueron ahorcados en los árboles sagrados, y los legistas sometidos á horribles torturas. Si se reservaron algunos prisioneros, fué sólo por añadir más vergüenza á Roma. Un cato, un querusco podía entonces ostentar entre sus esclavos caballeros romanos y aun candidatos á la laticlavia senatorial (set. del año 9 de J. C.) (1).

Cinco días después de la sumisión definitiva de los panonios y dálmatas, súpose en Roma el desastre de Varo. La nacionalidad germánica se mostraba victoriosa y amenazadora en el momento en que la última nacionalidad que se resistía en el interior del imperio sucumbía. Y se levantaba para decir en el Rin á aquel poder que de tres siglos atrás venía avanzando siempre, lo que en el Eufrates le habían dicho ya los partos: «De aquí no pasarás.»

Hermann, en efecto, continuaba su victoria: tomó todos los castillos que los romanos habían construído, hasta el de Aliso; y desde el Rin hasta el Weser, toda la tierra germánica vino á quedar libre. Había hecho cortar la cabeza á Varo y envió este sangriento trofeo al rey de los marcomanos. Que este gran jefe, en otro tiempo terror de Roma, se una á la confederación de las tribus del Norte; que reparando la falta cometida tres años antes, en el momento de la sublevación de los panonios, pase el Danubio, mientras el libertador de la Germania se lance sobre la Galia, y el imperio temblará justamente.

Augusto, que creía ya oírlos en los Alpes, exclamó con espanto: «¡Varo! ¡Varo! devuélveme mis legiones!»

Faltábanle, en efecto, soldados; y despavorida ante esta guerra y clareada por recientes levas, rehusaba la población prestarse á un nuevo alistamiento. Por más que nota de infamia y priva de sus bienes á los recalitrantes para sacar uno por cinco de los ciudadanos que tienen menos de treinta y cinco años, y uno por diez de los que tienen más de esta edad, no puede arrastrar al campamento á aquellos romanos degenerados, sino con el amago y el pavoroso aparato del suplicio (2).

Por fortuna, estaba Marbod celoso de la gloria de Hermann, y lejos de responder como debía, acudiendo á su patriótico llamamiento, hubo de enviar al emperador la cabeza de Varo.

Tranquilo por esta parte Tiberio, se dió buena prisa en pasar á la frontera gálica, adonde lo llamaban cuidados apremiantes. En previsión de un ataque por parte de tan audaz enemigo, fortificó todos los puestos, restableció la disciplina, un tanto relajada, del ejército, proscribió el lujo y regalo de los campamentos, disminuyó el excesivo número de los equipajes, y hasta prohibió que se arriesgaran las águilas imperiales más allá del Rin. Después de estas medidas dejó á Germánico al frente de las ocho legiones que guarnecían la orilla izquierda del río.

(1) Séneca, *Epist.* 47: *Multos splendidissime natos, senatorium per militiam auspicientes gradum* (Tácito, *Ann.* XII, 27). Cuarenta años después, había aún prisioneros romanos entre los catos (*Id. ibid.*; Dion, LVI, 19-21; Vel. Paterc. II, 118, 119; Tácito, *Ann.* I, 55, 57, 61). Las tres legiones exterminadas llevaban los números XVII, XVIII y XIX; números que considerados como de mal agüero, no volvieron á aparecer en el ejército romano. Se ha disertado mucho sobre el lugar de la catástrofe. En el monumento conmemorativo elevado en 1867 en lo alto del monte Teutberg, fijaron los alemanes el último acto de esta tragedia en los alrededores de Detmold.

(2) Dion, LVI, 23.

Contento con haber vencido, el enemigo no pasaba de la resistencia al ataque. El imperio estaba á salvo; pero la gloria de un largo reinado estaba empañada porque Roma había de esperar cincuenta años, á que los generales traigan

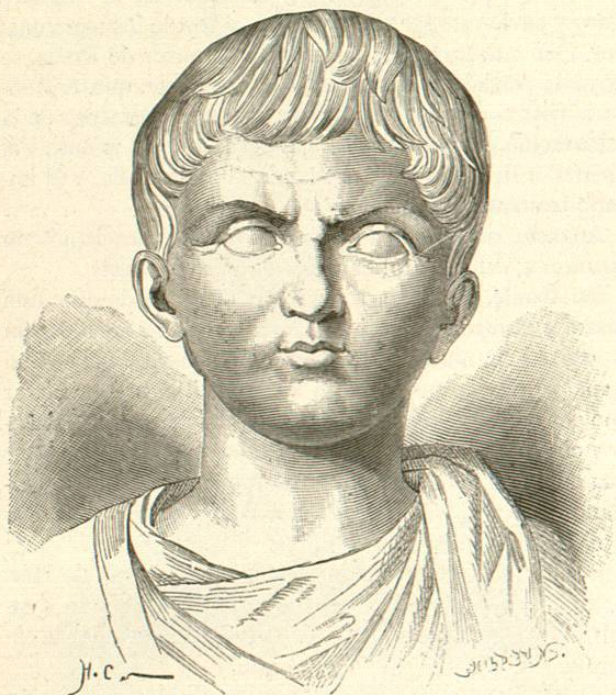
al templo de Marte vengador la última de las tres águilas de Varo; y al ruido de la guerra renaciente iba á descender al sepulcro el príncipe que había reducido el arte de reinar á procurar en todas partes la paz y el placer.

## CAPÍTULO LXIX

### LOS ÚLTIMOS AÑOS DE AUGUSTO Y LA SUCESIÓN AL IMPERIO

#### I. — LA FAMILIA IMPERIAL.

Como Luis XIV, Augusto acabó su reinado en el luto y el aislamiento: es la suerte de las largas existencias. Había visto morir uno tras otro á todos los que le eran afectos por los lazos de la sangre, de la amistad ó de la gloria, á todos los que habían sido el apoyo ó el honor de su gobierno: á su hermana Octavia (11 años a. J. C.); á Marcelo (23) á la vez su sobrino y su yerno; á Virgilio (19); á Agripa (12); á Druso (9); á Mecenas y á Horacio (8). Ocho años antes de



Marcelo (1)

nuestra era, no le quedaban ya más que los hijos del segundo matrimonio de su hija Julia con Agripa, y los de Druso y Tiberio.

El emperador amaba á sus nietos con el más tierno cariño, y la solicitud con que atendía á su educación y los honores prematuros que les concedía revelaban sus designios sobre ellos: en su secreto pensamiento les reservaba el poder. Esta grave cuestión de la sucesión al principado no se había tratado aún públicamente. Sin embargo, después de haber fundado el gobierno imperial por la concentración de todos los poderes en una sola mano, era preciso designar con anticipación el heredero de los derechos imperiales; porque un imperio tan vasto que tenía leyes y no instituciones, habitantes y no ciudadanos, costumbres municipales

(1) Busto encontrado en Otricoli con un Augusto y una Livia (Vaticano. Galería Candel., núm. 208.)

y no patriotismo fuera de la ciudad, no podía caer periódicamente en las incertidumbres y turbaciones de una elección.

Augusto reconocía muy bien esta necesidad, pero el afectado desinterés de toda su vida le impedía decretar abiertamente la sucesión hereditaria, y su espíritu no fué bastante libre ni bastante fuerte para buscar y establecer otro sistema. Fiel á sus hábitos de contemporizar, esperó los acontecimientos para arreglar sobre ellos su conducta en vez de dominarlos.

No se quiso pues prever nada de minoridades, ni de la extinción de la familia imperial, ni aun la enfermedad y la muerte del primer emperador: todo se dejó al azar, á la Fortuna del día, esa gran divinidad de los romanos y de su jefe.

Fué una falta que pesó trescientos años sobre el imperio, y debe pedirse cuenta de ello á Augusto, porque en la segunda mitad de su principado, estaba hartado seguro de la docilidad de los romanos, para renunciar, en fin, á hipócritas manejos.

Pero lo que no se atrevió á fundar en derecho procuró establecer de hecho. Como César, carecía de hijos. Adoptó á su sobrino Marcelo y á la muerte de este joven príncipe, dió la mano de Julia, su viuda, á Agripa. Tomar al veterano por yerno era casi asociarlo á su poder y designarlo segunda vez para la sucesión en el imperio, y Augusto confirmó á los romanos en este pensamiento, compartiendo con él, el año 19, el poder tribunicio, y adoptando luego á sus dos hijos Cayo y Lucio César.

Puesto otra vez todo en cuestión á la muerte de Agripa, se decidió en fin á dar en el gobierno y en su casa distinguido lugar á los hijos de Livia. Tiberio fué obligado á aceptar en matrimonio á la viuda de Agripa y Marcelo, bien que su esposa Vipsania, á quien amaba, le hubiera ya dado un hijo y estuviera á la sazón en cinta. Esperaba el emperador que satisficiera la ambición de Tiberio, dejaría crecer á los hijos de Julia y acercarse poco á poco al poder que les destinaba.

Luego que salieron de la primera infancia, renovó para con ellos el sistema que le había salido tan bien, del desempeño de las magistraturas republicanas; y Lucio desde los catorce años era augur, y Cayo, tres años mayor, ejercía un sacerdocio y tenía entrada en el senado, el derecho de sentarse en juegos y banquetes públicos, vestido de laticlavía, en el sitio de honor de los senadores; los dos eran cónsules designados para entrar en funciones cinco años después, cuando hubiesen llegado á los veinte años.

Entre tanto, tomaron el título de *principes de la juventud*, sin que nadie reclamara en el senado ni en la ciudad; antes bien se habría aceptado más, si á más se hubiera atrevido Augusto: sólo se indignaron en la familia imperial. A pesar de su profundo disimulo, no pudo ver Tiberio sin despecho que se concediera menos á sus largos servicios que al naci-

miento de aquellos dos niños, que deprimían su orgullo. Engreídos con honores prematuros y adulaciones continuas, vivían en el libertinaje con la presunción de su edad y la arrogancia de su fortuna, y no ocultaron su descontento, cuando Augusto, á fin de contenerlos en su turbulenta ambición, dió á Tiberio el poder tribunicio por cinco años.

No era menester demasiada previsión en un hombre que estaba dispuesto á tener mucha para temer en estos dos jóvenes futuros é implacables enemigos. Los desórdenes de su mujer Julia pesaban también mucho en el ánimo de quien era el jefe de la más noble de las casas romanas. No podía repudiar á la hija del emperador y veía que se le arrebatara la recompensa que había esperado en premio siquiera de aquel odioso matrimonio.

Con su decisión habitual y la tenacidad de los Claudios, se resolvió á salir de Roma y aun de Italia para ir á vivir á Oriente en una condición privada. Este retiro era una especie de acusación pública contra las debilidades paternas de Augusto. El emperador lo comprendió así, y encargó á Livia que detuviera á su hijo; y él mismo fué al senado á quejarse de que se le abandonara.

Todo, sin embargo, fué inútil. Antes que ceder hubo de declarar Tiberio que se dejaría morir de hambre; y en efecto pasó muchos días sin comer. Cuando Augusto autorizó su viaje, partió modestamente, sin proferir una queja, sin explicar nada, y fué á fijar su residencia á Rodas. Agripa había obrado así también en el momento de la elevación de Marcelo. Tiberio se creía tan necesario como él y como él esperaba ser llamado, de modo que quedara á lo menos igualado con los jóvenes Césares.

Vivamente ofendido Augusto, tomó á la letra su repugnancia á los negocios públicos y fingió olvidarlo en Rodas donde lo dejó por espacio de siete años. Con este destierro voluntario, se veía libre de la violencia que imponía á sus afectos la presencia de aquel hijo de Livia en lo maduro de la edad y en el esplendor de sus servicios. Pero entonces fué cuando se sintió herido en todos los suyos, como si el genio del mal se cerniera sobre su casa para traer á ella el dolor y la vergüenza. Primero se abandona Julia á los más escandalosos excesos. Durante mucho tiempo se le oculta todo al emperador, para que la impunidad arrastre á su hija á irremediables imprudencias; y cuando le abren los ojos, el padre no puede retroceder; el reformador de las costumbres debe castigar. Julia es desterrada á la isla de Pandataria, y Augusto la persigue hasta en la muerte, prohibiendo que se trajera nunca su cuerpo al sepulcro de la familia imperial.

Escribonia, la madre de Julia, quiso compartir su destierro. ¿Fué una protesta contra una difamación imprudente y una condenación severa? (2 a. J. C.) (1).

Livia esperaba acaso hacer resaltar sobre los hijos la vergüenza de la madre. Pero este plan hubo de fracasar, si es que se hizo. Creyendo urgente el emperador presentar el heredero de su poder á los pueblos y á las legiones, vistió á Cayo César de la autoridad proconsular sobre todo el Oriente y lo envió con el mayor aparato á aquellas provincias, donde se hacían pronto ruidosas las reputaciones. En medio de una corte formada por los reyes vasallos del imperio, el joven príncipe tomó posesión del consulado en Antioquía el año primero de nuestra era.

Algún tiempo después, las turbaciones de Armenia le suministraron ocasión de fáciles triunfos y el honor de disponer de una corona, que ciñó á la frente del medo Ario-

(1) Muchos nobles personajes cómplices de la extraviada princesa, fueron castigados con ella (Suet. Octav. 64; Dion, LV, 10 y 13).

barzanes. Tiberio comprendió que había dado un mal paso: se le olvidaba en Roma y se le amenazaba en Asia. Uno de los familiares de Cayo hubo de proponer al joven príncipe, en medio de un festín, partir sin demora á Rodas y traerle la cabeza del *desterrado*. La estancia en Rodas venía á ser más peligrosa que la del Palatino, donde á lo menos su madre podía velar por su existencia. Humildes sumisiones á Cayo y al emperador, le permitieron volver á Roma, á condición de vivir retirado de los negocios; pero los mismos acontecimientos lo llamarán muy pronto al poder.

Durante una expedición en Armenia, escuchando Cayo al gobernador de la ciudad de Artagira, que suponía tener que revelar importantes secretos, recibió una puñalada



Julia, hija de Augusto (2)

de mano del traidor. La herida no parecía mortal; pero el hierro sin duda estaba envenenado. Una incurable melancolía se apoderó del enfermo, que tiró algún tiempo de la vida y murió en Cilicia el año 4 de nuestra era.

Diez y ocho meses antes, su hermano Lucio, enviado por Augusto á las legiones de España, había sucumbido en Marsella el 20 de abril del año 2. Estas dos muertes, causadas probablemente por excesos precoces, no parecieron cosa natural, aunque faltara toda prueba de crimen; y como sucede siempre, muchas voces acusaban á los que ganaban en ello (3).

Un hijo de Julia vivía aún, Agripa Póstumo; pero apenas tenía diez y seis años. Augusto, que sentía el peso de sus años, se creyó en el deber de hacer al Estado el sacrificio de sus prevenciones, y adoptó á la vez á Agripa y á Tiberio. «Lo hago, decía acaso con secreta amargura, lo hago por el bien de la república.» Y obligó á Tiberio, bien que tuviera hijos, á adoptar á su sobrino Germánico, en quien Augusto había puesto el afecto que tuvo á Druso, su padre (4 de J. C.).

(2) Julia, coronada de espigas y adormideras, tiene en la mano derecha una de estas. Sarónica de 3 capas, de 45 milímetros de alto por 20 de ancho. Camafeo del Gabinete de Francia, núm. 201.

(3) Tácito se contenta con decir deslizando, según su costumbre, una sospecha: *Mors fato prope, vel noverca Livia dolus abstulit* (Ann. I, 3). Me admira que no añadiera que Seyano era familiar de C. César.